MACARIO

POR

MANUEL PLAZA

... las amarguras de todos los hombres uniformados con el traje azul, sufrido y pobre del trabajo.

PÍO BAROJA.

I

Macario está inquieto, hosco. Mira hacia Pablo, con odio. Se levanta y se sacude la ropa; vuelve a tumbarse poniéndose de bruces, boca abajo. No cesa de mirar a Pablo. Está salpicado de barro, con la boina calada hasta los ojos.

Sobre la explanada que se extendía frente al estanque se amontonaban los escombros. Los cascotes eran seleccionados por los obreros. Se clasificaban en montones, según el tamaño de los mismos. El estanque era poco profundo y los hombres que trabajaban en su limpieza asomaban las cabezas, a nivel sus ojos de la explanada. Estaban calzados con botas altas, hasta las caderas, de goma roja. Vistos de lejos semejaban pescadores de salmón. De cerca, sus camisas y jerseys remendados desmentían esa primera impresión. Trabajaban con palas, picos y rastrillos. Limpiaban el fondo, despegando la broza y arrancando las raíces de las plantas acuáticas. El sol quemaba a fines de otoño. Los árboles que rodeaban la explanada terminaban de dorar sus hojas. Olía a cieno y agua estancada.

Laboraban por grupos o cuadrillas, en sentido convergente, replegándose hacia el centro, amontonando la broza. Los que trabajaban fuera, seleccionando cascotes, esperaban su turno, paladeando su tranquilidad, observando a sus compañeros. El trabajo allá abajo era duro, la postura partía los riñones, dejando la espalda dolorida para el resto del día. Alguno de las cuadrillas se acercaba al borde del estanque y bebía de un pequeño barril que contenía agua. Las gotas rezumaban por la vieja madera, eternamente húmeda. El hombre se ahuecaba la camisa y echaba un chorro de agua, que al empapársela se le pegaba al cuerpo.

Estoy colocado en el peor sitio. Donde hay más lodo. Me ha puesto aquí adrede, pensó Macario. Es mi trabajo. El peor de todos. Tendré

que tumbarme otra vez a mirar la canalización del agua. Sabía que era el sitio peor y me mandó a mí. A mí solo. Y no quiere que me releven. Sentía los brazos como cargas inertes en sus costados, pero increíblemente pesadas, como si la tierra tirase de ellos brutalmente. Le daban ganas de arrancárselos de cuajo y colgarlos de un garfio para que constituyera el símbolo de todos los que trabajaban en el tajo bajo la mirada intermediaria de Pablo. Sintió el suave viento, fresco, cargado de presagios invernales, que barría el terreno fangoso y que impregnado del fétido olor le hizo reflexionar que aún quedaban muchos yerbajos que esquilmar antes de que sonase la campana del descanso. Se tumbó de nuevo y percibió que el lodo chapoteaba en sus costados, bajo su cuerpo. Boca abajo, sobre el barro, notaba que el sol quemaba a su espalda. Pero tuvo un escalofrío.

La llamada de Pablo hizo que volviese la cabeza hacia el otro lado del estanque. Vió cómo el capataz hacía señales con los brazos llamando a los hombres. Estaba junto al que manejaba la hormigonera y discutía con él. Llamó por segunda vez. Consideró que estaba bastante lejos para oír. Continuó su trabajo, encelado a la tierra. El sol evaporaba el agua. La tierra comenzaba a secarse, se solidificaba el terreno bajo su cuerpo. Todos los hombres dejan el tajo, pensó. Se levantó, se rascó la pelambrera del pecho y se puso a caminar, despacio. Hay que intentar mantener la calma, se dijo. Me mandará algo nuevo, algo malo. Se la está buscando conmigo. El otro día ya intentó provocarme..., intentó provocarme delante de todos..., delante de todos..., de todos...; lo hará de nuevo... delante de todos...

Los grupos de hombres se disolvían. Se reunían los amigos que estaban en diferentes cuadrillas. En sus rostros se reflejaba el cansancio. Cruzó la explanada hacia el ensanche del parque. Los árboles amarilleaban en las copas; un viento fuerte, tibio, hacía chasquear las ramas. El sol estaba en su cenit, sobre el estanque abandonado, desierto. Las herramientas se amontonaban donde habían dejado los hombres su esfuerzo.

II

La botella de vino circulaba por la rueda de hombres. La levantaban con sus manos terrosas y bebían del chorro que salía por la cánula de paja que atravesaba el corcho. Los jugadores ofrecían vino a los mirones que estaban de pie, formando un círculo a su alrededor. La botella temblaba en lo alto. Se secaban la boca con la manga, chasqueando la lengua de agrado. El chico de la tienda reponía las botellas vacías. El vino era negro, seco y espeso. La débil bombilla

iluminaba la estancia. Una especial impaciencia parecía dominarlos cuando lanzaban sus cartas. Jugaban Macario, su tío, Lucinio el carbonero y Teodoro, el dueño de la tasca. Se jugaban la botella de vino, como todas las tardes.

—Si gana dos veces seguidas, arrastre—decía Macario.

—Llevan muchos triunfos—contestó su tío.

—Arrastre—le dijo.

—No te distraigas, Lucinio—dijo Teodoro.

—Es el vino—murmuró.

—Será.

—Da cartas, Teo—ordenó Macario.

—Este chico juega mucho—aseguró Lucinio.

—Tú que le dejas—sentenció Teodoro.

—Es que no me viene un triunfo.

—Calla.

Macario y su tío acaparaban las bazas. Los mirones daban consejos a la pareja que perdía.

—Callaros de una vez—dijo Teo apretando los dientes.

La partida terminó y Macario apuró la botella de un trago largo, colocando la mano debajo de su barbilla, por donde resbalaban las gotas. Entró un grupo de hombres. Eran albañiles y venían comentando las incidencias de un compañero muerto, aplastado por el derrumbe de un muro.

—Este es el retiro que tenemos los trabajadores—dijo Lucinio.

—Quedó como una pavesa—afirmó uno de los albañiles.

—Reventado—corroboró otro.

—¿Lo vió usted?—preguntó Lucinio.

—Orilla mía cayó—contestó el hombre.

—Llevan dos muertos en esta obra.

—Dos con éste, sí, señor.

Lucinio hizo una pausa y continuó interrogando:

—¿Qué fué?

—El derrumbe de un muro.

—Vaya, señores, una ronda a mi cuenta—dijo Teodoro, el dueño de la tasca.

El vino caliente deshizo la tirantez y los hombres organizaron sus partidas. Macario seguía bebiendo, ahora en vaso. Un nuevo grupo de hombres hizo su aparición. Pablo, el capataz, iba entre ellos. Todos miraron a Macario y a Pablo. Cambiaron entre sí una mirada de desagrado.

—Cuando venga el barquillero formo pareja. ¿Quién se atreve a ganarnos?—desafió Pablo.

—Yo—contestó Macario fríamente. Estaba excitado por el vino.

Cuando entró el barquillero, Pablo le recibió con un palmoteo en la espalda. Habló con él en voz baja. Se dispusieron las sillas y las parejas se sentaron cruzadas. Macario formaba pareja con Lucinio. Los restantes hombres esperaban el desarrollo de la partida, expectantes. Macario sentía las rodillas de Pablo desplazando las suyas. En las primeras manos, los triunfos se repartían y alternaban las ganancias de ambas parejas. Mientras las cartas aparecían y desaparecían, los mirones comentaban las incidencias del juego.

Mientras le miraba con sus duros ojos grises, dijo:

—¿Te cansaste en el tajo?

—No—respondió Macario.

—Un buen mozo, ¿eh?

—Está usted buscándome.

—Llegas el último y te quieres hacer el gallito, ¿eh? El más joven del tajo. Miradlo.

—Déjale ya, Pablo—advirtió Lucinio.

—Tú te callas. Toma y fuma, chaval.

—No. No fumo nunca.

—Fuma.

—Le digo que no.

La mente del capataz iba enriqueciéndose en maldad por momentos.

—Anda, fuma. Por divertirme—miraba la cara preocupada de Macario. Sí—dijo—, lo mejor es no decir nada hasta que te haya saltado las muelas. ¿A qué piensas en eso?

Macario rayaba minuciosamente la madera. El capataz, Pablo, acercó su cara, a la vez que secretamente dijo: el momento... Se levantó con una súbita oleada de rabia en su alma, reflejada en su cara, en sus ojos. Odio y odio. No era una consecuencia del vino; era un sentimiento viril que brotaba de la injusticia, del escarnio de Pablo hacia Macario, hacia los trabajadores. El contacto del alcohol le había dejado suelto, incontrolable.

—Te dije que fumaras. Para divertirme.

Habían encontrado la circunstancia vital que los separaba; entre ellos se extendía una hedionda injusticia que los distanciaba (raíces salidas de una insoportable diferencia espiritual).

Los hombres agrandaron el corro. Lucinio agarró a Macario por el brazo. Estaba tenso. Pablo escupió al suelo, restregando la flema con la suela del zapato.

—Mira este gargajo—dijo—: es para ti y los que son como tú. Para los tuyos.

Salió fuera. Macario intentó abalanzarse tras él. Lucinio y su tío le detuvieron. Forcejeó con ellos.

—Te desgracias, Macario.

—Déjeme, tío.

El brazo le rodeó por la garganta, impidiéndole respirar, llevándole hacia delante, sosteniéndole el peso fuertemente con las piernas. Macario se agitaba para evadirse del codo.

—No suelto hasta que se haya alejado Pablo. No te dejo, Macario.

Su boca abierta babeaba el hirsuto brazo de Lucinio. Logró liberarse del codo y se quedó jadeante. Sintió náuseas. Se apoyó en una silla.

—Casi me ahoga—resolló.

—Lo siento mucho. No quise dañarte—murmuró Lucinio.

—Está bien, muy bien—borboteó Macario tosiendo estentóreamente.

—Está bien—repitió—, pero me hizo daño en el cuello.

—Pero..., bueno. Vale, Macario.

—No—le contestó—. No.

—Adiós, Maca—le estrechó la mano—. Ahora vete. Ten cuidado, Macario.

—Gracias, Lucinio.

III

—Macario, ¿duermes?

—No.

—Intenta dormir.

—No puedo.

—Intenta dormir.

—¿Para qué?

—¡No preguntes las cosas!

—Deja. Déjame ya.

—¿Vas al tajo mañana?

—No lo sé.

—No debiste hacerlo.

—Pero es que no podía aguantarlo. ¿No lo comprendes?

—No lo entiendo. No. Yo no puedo entenderlo. ¡Son cosas de hombres! ¡Eso dices tú! Tú dices eso, ¿no?

—¡Qué más da!

—¡Cosas de hombres! Es el vino, digo yo.

—No. No es el vino. Hay más cosas que el vino, ¿entiendes? Pero tienes que estar en el tajo para saberlas.

—El es uno como vosotros.

—¡Por encima de nosotros!

—Y también por debajo de lo mismo, Macario.

—Pero ¿tú qué sabes? Las cosas hay que mamarlas para saberlas. Los que estamos allí sabemos el juego de Pablo.

—Y tenías que ser tú, ¿verdad?

—Alguno había de ser, mujer...

—Pero..., pero ¿y yo?

—¡Cállate de una vez! Mañana estará bien.

—Y hará que te echen.

—Nos peleamos. Nada más que eso.

—Esta tarde..., ¿esta tarde?

—Sí..., había. Sentía una voz que me decía: vuelve. Vuelve y acaba de una vez con él. Cuando le alcancé nos enredamos, ¿sabes? Ya me marchaba, pero... le dejaba allí. No le pasará nada. Estoy seguro..., estaba como si me abrasase la tierra en los pies...; y lo peor es que la azada estaba en el surco, allí mismo..., quieta..., esperando mi mano.

—¡Me asustas!

—Volvía atravesando la tapia de la escombrera, adonde teníamos que abrazarnos tú y yo y a ti te entraba aquella angustia. Y otra vez la voz me decía: cállale. Ciérrale la bocaza. Y yo estaba solo. Lo malo es que estaba solo. Me abrasaban los pies y las manos. Le tenía que sacudir de nuevo. Pero no podía. No podía.

—¡Macario!

—Tenía miedo. Sí. Hasta lo hondo. Y cuando el miedo te llega a lo hondo...

—¡Pobre!...

—Te revuelve y no te deja vivir. Quemándote el alma.

—Calla. ¡Por Dios, calla!—se apretó hacia él, llorando—. ¿Qué será de nosotros? Dime, ¿qué será de nosotros?

—Lo mismo. ¡Qué va a ser! Cada cosa en su sitio. La cuadrilla irá al tajo. Y también irá Pablo. Y el polvo rojo del ladrillo. Igual que siempre. Y hablaremos de los hijos. De los jornales. Del hambre y del frío. Y de un montón de idioteces.

—Acércate, Macario—suspiró.

—Quita.

—¿Ya no sientes nada?

—¡Que no!

—¿Y ahora?

—¡Nada! Cuando vino aquella tía y di dinero a los pobres, me dijo: «Benditas tus manos, hermano.» Eso. Hermano, me dijo la tía.

—¡Maca! Acaríciame, Maca. Anda. Como antes lo hacías. ¡Anda! Maca. ¡Acaríciame!

—¡Déjame ya!

—¡Estás cansado!—balbuceó sollozando.

Con el amanecer no comenzaba sino idéntica desesperación. Y, por encima de todo, el miedo. Allí mismo. Ni una voz en el patio. Una luz amarilla anhelaba el nuevo día. Miró las vigas del techo, roídas por la carcoma. Tuvo la sensación de que estaba extraviado, fuera de sitio en su mundo. Como una burla en medio de tanta cosa callada.

Manuel Plaza
Martínez Campos, 13.
MADRID-10